# La relación dialogal entre la fe y la razón

Por P. LUCIANO BORG, OSA

En el pasado agosto la televisión cubana presentó en el programa Arte 7 la película norteamericana *A bit of heaven* (en español, *Un pedacito de cielo)*, con Kate Hudson y Gael García Bernal como los principales protagonistas. La película cuenta la historia de amor (*love story*) entre Marley (Kate Hudson) y el doctor Julian Goldstein (Gael García Bernal). Marley es una joven mujer, irreverente e irrespetuosa en todo y con todos. El doctor Julian Goldstein es un joven médico judío-mexicano, escogido entre 3 mil candidatos a ejercer su profesión en un famoso hospital de New Orleans bajo la dirección de un excelente profesor de oncología. Es en ese hospital de New Orleans que empieza la historia de amor entre Marley y el doctor Julian Goldstein. Ella pierde peso y va al hospital para un examen médico. Es él quien le atiende. Marley tiene varios encuentros con el doctor, quien al final le anuncia que tiene un cáncer muy avanzado. A medida que los dos se ven en el hospital nace entre ellos un amor que se intensifica mientras el cáncer avanza a su fase terminal.

Una noche, paseando amorosamente, Marley le pregunta a Julian: "¿Crees en Dios?" Sorprendido, él responde: "Bien, si me preguntas a mí, doctor Julian Goldstein, si creo en Dios, quiero decir creo en la ciencia y en la evidencia empírica. Entonces, no creo en el poder más alto. Pero si me preguntas a mí, Julian, diría que no lo sé." Y termina preguntándole a Marley: "¿Por qué me pides eso?" Ella contesta: "Envidio a la gente que lo hace. Ellos están seguros de que existe algo. Qué gran modo para vivir. Sin miedo."

La película termina con dos momentos muy emocionantes. Marley está en una cama en el hospital rodeada de su mamá y amigos. Es el momento de su muerte. Llega Julian corriendo, vestido no como médico, sino como cualquier joven, se inclina sobre la cara de Marley y la besa. En aquel momento los ojos de ella se cierran para siempre mientras se oye al fondo el primer grito del niño al cual su amiga acababa de dar a luz. Luego se celebran los funerales y es el segundo momento emocionante del final de la película. Esos funerales son una verdadera fiesta donde todos están alegres, vestidos de mil colores, con copas de champagne en sus manos, brindando por Marley. Ella quería un funeral alegre.

Si les hablo de esa película es porque creo que la temática que desarrolla pudiera servir de fondo existencial a nuestra reflexión sobre el diálogo entre la fe y la razón. En verdad, Marley y Julian, sus vidas y pensamientos, representan nuestro mundo occidental y reflejan la cultura a que pertenecemos. De hecho vivimos en un mundo secularizado, dominado por el relativismo filosófico y moral, donde la ciencia y la evidencia empírica constituyen, como diría el doctor Julian Goldstein, nuestra fe y nuestra verdad.

Dicho esto, debemos admitir al mismo tiempo que vivimos también en una situación vital donde la realidad de Dios y de la fe se confunden con el sentimiento de que la eternidad y la fe se realizan en una transcendencia horizontal en que la vida, como muestran los últimos dos momentos de *Un pedacito de cielo*, se transmite de generación en generación en una temporalidad existencial que gira sobre sí misma encerrándose en un horizonte que nunca desborda su propia finitud.

Por otra parte, hay que decir que esa trágica y contradictoria situación de nuestra cultura occidental contemporánea refleja una realidad que debemos tener en cuenta cuando hablamos del hombre contemporáneo. Esa realidad es la inquietud existencial y el deseo ontológico de Dios y de la verdadera fe que habitan el corazón humano. El diálogo entre Marley y Julian sobre Dios nos muestra que la ciencia y la evidencia empírica no han podido suprimir esa angustia y ese deseo.

Mientras seguía con gran atención aquel diálogo sobre Dios pensé en esa angustia y en ese deseo. Y de inmediato recordé lo que escribió san Agustín en sus *Confesiones*. En el primer párrafo san Agustín proclama: "nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" (Conf.1, 1). Anhelando ese descanso, tras haber recurrido al drama de su propia vida, con la que cada uno de nosotros podemos identificarnos, al final de su obra, en el libro XIII, el autor exclama "Señor Dios, danos la paz,… la paz del descanso, la paz del sábado, la paz que no tiene tarde… ni tiene ocaso, porque lo santificaste para que durase eternamente…. Entonces descansarás en nosotros, del mismo modo que ahora obras en nosotros. " (Conf. XIII, 50, 51, 52).

A pesar de la mentalidad científica y tecnológica que nos domina, nunca debemos olvidar que el hombre de hoy, especialmente el hombre occidental, se debate entre ciencia, empirismo, tecnología, razón y fe, entre finitud e infinitud, entre temporalidad existencial y eternidad, entre lo divino y lo humano. En otras palabras, el hombre contemporáneo se encuentra hoy encarnado en una existencia cultural reduccionista que no tiene éxito al tratar de suprimir en él el deseo anhelante de su ser ontológico, que le impulsa a realizarse en Dios, la fuente del ser, de la verdad y de la vida.

El 11 de octubre de 2012, en el cincuentenario de la apertura del Concilio Vaticano II, comenzará el Año de la Fe convocado por su Santidad, Benedicto XVI, con la carta apostólica *Porta Fidei*. Entre otras cosas, el Papa nos invita a "Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el

mismo acto con el que se cree“ (§9). Por eso nos propone profundizar en el estudio del Catecismo de la Iglesia Católica, en el cual ˝todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona (la persona de Jesucristo) que vive en la Iglesia˝ (§11), celebrar y vivir una vida litúrgica y sacramental profunda (§9), dar un testimonio concreto de un amor auténtico, fundamentado en el amor de Dios (§7).

No es mi intención exponer aquí los detalles de la carta apostólica *Porta Fidei.* De acuerdo con el padre Rector, les presento algunas reflexiones sobre la relación dialogal entre la fe y la razón que de seguro estaremos llamados a estudiar durante este año de la fe. El tema no es abstracto, sino un asunto existencial. La relación entre la fe y la razón ha sido siempre vivida en un contexto filosófico y cultural muy concreto, y eso vale también para el mundo de hoy, como lo demuestra el Papa en su carta *Porta Fidei*.

En el párrafo 13, el Papa nos dice: “Durante este tiempo tendremos la mirada fija en Jesucristo, “que inició y completa nuestra fe” (*Hb* 12, 2): en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de su Encarnación, de su hacerse hombre, de su compartir con nosotros la debilidad humana para transformarla con el poder de su resurrección˝. En estas palabras el Papa establece el contexto teológico en que debemos considerar la relación entre la fe y la razón. Esa relación no se fundamenta en un concepto, sino en la persona de Jesucristo.

En el párrafo 12 leemos: ˝En efecto, la fe está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos˝. El Papa es muy consciente de que el contexto sociológico y cultural del hombre ha cambiado profundamente y que hay que tener en cuenta ese cambio cuando se debate hoy sobre la relación entre la fe y la razón.

Por fin, en el párrafo 10 tenemos esta importante constatación: “Por otra parte, no podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aun no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico “preámbulo” de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios. La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de ‘lo que vale y permanece siempre’”. Como hemos anotado por arriba, la mentalidad científica y tecnológica no ha sofocado en el hombre contemporáneo el deseo de Dios que nos lleva a la fe. Y por eso el diálogo sobre la fe y la razón debe ser para nosotros una tarea existencial, importante y urgente.

No sé si Benedicto XVI haya visto la película *Un pedacito de Cielo*. De seguro es que nuestro Papa es muy atento a los signos de los tiempos y que la carta apostólica *Porta Fidei* hace un excelente análisis de la situación cultural del hombre contemporáneo, y en primer lugar de la del hombre occidental. A mí parecer, el análisis del Papa coincide con lo de la película *Un pedacito de Cielo* y es por eso que quería hablar, al comienzo de nuestra charla, de esa película. En cierto sentido la voz del Papa encuentra un eco en la de un profano.

El cambio de mentalidad de que habla el Papa en la carta apostólica tiene una larga historia y comenzó con el acontecimiento de la razón, entendida esta como el esfuerzo del hombre para comprender la verdad de lo que existe, como una función de crítica de lo que es y de las causas que explican lo existente en sus varias interrelaciones. Poco a poco, el saber y la verdad se organizaron en un sistema de conceptos lógicos, epistemológicos y ontológicos. Y así nacieron la filosofía, la ciencia y la tecnología.

Desde los presocráticos hasta la gran Escolástica (me refiero aquí a la gran obra de Santo Tomás de Aquino, de San Buenaventura y de otros grandes escolásticos) ese sistema de saber y de verdad se desarrollaba de una manera unitaria, logrando una visión armónica entre la racionalidad de las ciencias de la naturaleza y la de la filosofía, lo que conducía a la Teología, reina de todas las ciencias. Dicho esto hay que tener en cuenta que desgraciadamente ese edificio racional del saber y de la verdad, especialmente en el mundo escolástico cristiano, iba transformándose en pura especulación que se distanciaba de la realidad concreta, de lo que hoy día llamamos lo existencial.

Fue Roger Bacon, el doctor franciscano *admirabilis*, quien dio nacimiento a la mentalidad científica e insistió en la necesidad de la *scientia experimentalis* (la ciencia experimental) y el empleo de las matemáticas como criterio de certeza demostrativa. Con Descartes la subjetividad adquirió su autonomía y la razón no necesitó más un criterio superior a sí misma para llegar a la verdad y juzgar rectamente lo que es. Con Descartes la filosofía se emancipó de la teología, ésta no fue más la dueña de aquélla, la que a su vez no fue más la *ancilla theologiae* (la sirvienta de la teología).

Luego llegó Kant, el cual, separando la razón práctica de la razón pura, le negó cualquier valor epistemológico a la moral, a la religión, a Dios y a la fe, y redujo estos valores a postulados transcendentales y exigencias ontológicas prácticas para una vivencia pacífica entre los mortales. Para Kant, influenciado por los estudios y la experimentación empírica de las ciencias de la naturaleza de Galileo y de Newton, por los análisis matemáticos de Leibniz, D'Alembert, Lagrange y Laplace, y por el empirismo de Locke, Berkeley y Hume, la razón pura se ocupa solo del estatuto epistemológico de la ciencias de la naturaleza.

Con el siglo XVIII, llamado el siglo de Kant, se consumó la rotura entre la razón científica, la filosofía y la teología, sino en la práctica, sí en teoría. A partir de ese siglo, la mentalidad científica fue radicalizándose hasta llegar, con Augusto Comte, a reducir el verdadero conocimiento a la explicación positivista de las leyes de la naturaleza. Comte rechazó el aristotelismo y el tomismo diciendo que es una ilusión la pretensión aristotélica-tomista de que la verdad metafísica revela al ser en cuanto ser y no nos enseña nada sobre la realidad de las cosas. Es de anotar que el positivismo de Comte es al mismo tiempo, y por lo menos un agnosticismo.

El positivismo reinó por un tiempo e invadió prácticamente hasta las ciencias humanas, como muestran la teoría socio-económica marxista y el psicoanálisis freudiano. La arrogancia de la mentalidad científica positivista alcanzó su cumbre con el empirismo lógico encarnado de modo especial en el círculo de Viena, que encabezó Carnap. Para el empirismo lógico que había desplazado la problemática del conocimiento del campo de las ciencias de la naturaleza al de la lingüística, la verdad se revela solo en una frase cuyo sujeto y predicado son experimentables. Por lo tanto, la frase *Dios existe* es una frase *non-sense*, es decir no contiene ningún sentido, pues el sujeto de la frase, Dios, no es una realidad experimentable. Así, el Occidente acabó reduciendo el conocimiento y la verdad a lo experimentable según los criterios de la metodología científica positivista y empírica.

A pesar de su auge el positivismo y el empirismo lógico no tardaron en encontrar una fuerte crítica. Doy algunos ejemplos de esa crítica hecha por intelectuales que pertenecen al mundo científico. Paul Karl Feyerabend sostuvo que la filosofía de la ciencia es incapaz de dar una descripción general de la misma ciencia y que no tiene una verdadera metodología que nos permita distinguir la realidad científica de cualquier otra realidad. Michael Polayni, especialista en química, física y biología, en su obra *Personal knowlegde* (*El saber personal*) mostró que el científico no es un sujeto neutro frente a una realidad objetiva de la cual él extrae su esencia y su verdad. El gran Ludwig Josef Wittgenstein se dio cuenta, como dice él mismo, que con los principios metodológicos del empirismo lógico el científico ponía la cuerda alrededor de su cuello y prácticamente caminaba hacia el suicidio epistemológico y ontológico. Fue así que en su famosa obra *Investigaciones filosóficas*, publicada después de su muerte, en 1953, elaboró la teoría del *juego del lenguaje* para demostrar que la realidad no es unívoca, sino pluriforme, y que cada forma de la realidad tiene su propio contexto, metodología y verdad.

Entretanto, y por otros caminos, en las ciencias humanas y en la filosofía se alcanzaba un renuevo del pensamiento occidental. En el campo de la sociología, el alemán Max Weber desmitificaba la sociología objetiva mostrando, por ejemplo, que la pura objetividad en la historiografía no existe, puesto que el historiador organiza el material histórico en torno a una idea clave que ilumina la racionalidad de un conjunto de hechos y acontecimientos históricos; en el campo psicológico, la teoría de la *Gestalt Psychologie (La sicología de la forma)* demostró que la percepción se da en un contexto globalizante que determina el objeto de la percepción y la verdad que se transmite a través del acto perceptivo. En una habitación inundada de sol y bajo un cielo azul, los objetos me parecen llenos de vida y la percepción me llena de alegría y gozo, mientras cuando llueve, bajo un cielo gris, mi alma se llena de tristeza y los mismos objetos me parecen muertos. ¿Cómo los mismos objetos en la misma habitación en dos contextos diferentes producen dos estados de ánimo diferentes y dan por fin dos percepciones diversas?

En cuanto a la filosofía, especialmente en el siglo XX, los diversos existencialismos, de Kierkegaard, de Gabriel Marcel, de Sartre, de Camus, los trabajos fenomenológicos de Husserl, de Heidegger y de Merleau-Ponty, el personalismo de Mounier, la investigación sobre la hermenéutica de Ricoeur y Gadamer, etc., pusieron de relieve la profundidad y el misterio de lo concreto y de lo existente. Al correr del tiempo, otras disciplinas como la simbología, la lingüística, la bioética y hasta la astrofísica, hicieron ver toda la complejidad de lo creado y, en particular, de la realidad humana, convencidos de que lo que existe, tan rico, fecundo y misterioso en su esencia, no se puede empobrecer reduciéndolo a una realidad puramente empírica. Así en el mundo contemporáneo, aunque dominando cierta mentalidad científica, se ha abierto otra vez el camino para que la realidad de lo que existe, Dios y la fe comprendidos, aparezca en toda su belleza y complejidad, y para que se aprecien las estratificaciones de su racionalidad.

Desde el punto de vista epistemológico-ontológico nació así la convicción de que lo más importante no es el rigor de la metodología científica positivista y empírica, sino una buena teoría de la coherencia de lenguaje que analiza racionalmente el contenido de la realidad tal como se despliega en su propio campo. Un novio que le dice a su novia: "tus ojos son perlas preciosas", al nivel en que se sitúa con esa frase, expresa una verdad y una racionalidad que ningún lenguaje científico positivista sería capaz de comprender. En un fanático del Barcelona que llora porque su amado equipo acaba de perder contra el Real Madrid, sus lágrimas son de veras la expresión profunda de un gran dolor que un duro positivista o un racionalista confundirá con lo irracional y el límite de la imbecilidad. ¡Ay de ese duro positivista o racionalista, él corre el riesgo de que se experimente en su cuerpo la violencia del dolor del fanático del Barcelona!

Es en ese contexto existencial de la realidad concreta, y teniendo en cuenta la evolución del pensamiento filosófico-científico, donde hay que insertar la relación dialogal entre la fe y la razón. Por un lado, como hemos visto, hoy día el saber científico, desmitificado, no puede aspirar a

ser el único verdadero saber. Por otro lado, nosotros, los cristianos, hemos de salir de nuestro complejo de inferioridad, que consiste, por lo menos inconscientemente, en pensar que nuestra fe nunca la podríamos justificar, y que viviendo nuestra fe somos hombres y mujeres supersticiosos con una mentalidad medieval. Hemos de convencernos de que la experiencia de fe que vivimos tiene su verdad y su racionalidad, que nos ennoblecen y merecen todo respeto y toda atención.

El diálogo entre la fe y la razón ha de realizarse, en primer lugar, en nuestra propia identidad religiosa y cultural. El papa Benedicto XVI ha convocado el año de la fe en el 50 aniversario del Concilio Vaticano II. Hay una relación íntima entre estos dos momentos de nuestra vida cristiana. De hecho, el Concilio Vaticano II ha sido la cumbre de un movimiento de renovación de la vida y del pensamiento de la Iglesia que le ha permitido reconcentrar su fe y su vida sobre la persona de Jesucristo en una perspectiva trinitaria, descubrir la profundidad de las Sagradas Escrituras y el dinamismo del pensamiento de los Padres y de sus grandes maestros.

En este sentido, la relación dialogal entre la fe y la razón ha de seguir transformándose en una profunda experiencia existencial del Verbo Encarnado, en la totalidad de lo que nos constituye como personas humanas abiertas a lo divino y como creyentes. Es en el misterio de la persona de Jesucristo que encontramos la verdad y la racionalidad de nuestra fe, pues en el misterio de su Encarnación, como dice Benedicto XVI en su exhortación postsinodal *Verbum Domini,* del 30 de septiembre de 2010, Jesucristo no solo revela a Dios, sino también inscribe el contenido de nuestra fe en una verdadera historia de salvación que no tiene nada que ver con la mitología (*Verbum Domini*, 32).

Citando la obra de san Agustín, *De utilitate credendi (La utilidad de creer)*, Benedicto XVI en *Porta Fidei* afirmó: ˝como dice san Agustín, los creyentes se fortalecen creyendo… Así la fe solo crece y se fortalece creyendo, no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre su propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios˝ (§7). Solo así descubrimos la verdad y la racionalidad de nuestra fe. El hombre moderno nunca se convencerá por nuestros silogismos, a veces pseudo-positivistas. Al contrario, si nos ve actuando como actuaba Jesucristo se preguntará el por qué de nuestro actuar. Así él será provocado a entrar en diálogo existencial e intelectual con la fe.

Por otro lado, el Concilio Vaticano II le ha permitido a la Iglesia salir de su aislamiento para encontrar al mundo y a la humanidad y entrar en un verdadero diálogo con ellos. Él nos ha abierto el camino para que vayamos al encuentro de la Verdad que se halla en las afueras de la Iglesia. Después de la gran Escolástica, nuestra filosofía y teología han vivido en un sistema aristotélico-tomista que acabó siendo un sistema de conocimiento muy cerrado, un pseudo-cientificismo que reduce la verdad a la abstracción de una *pura adequatio rei ad intellectum,* y la fe a un conjunto de dogmas. Desgraciadamente, tras haber perdido su supremacía, la filosofía y la teología nuestras se encerraron a lo largo de varios siglos en una apologética agresiva, sea *ad intra* como *ad extra*, que rechazó todo lo bueno que por parte de nuestros propios estudiosos y por parte del mundo profano venía de la investigación y de la reflexión. Debemos ser honestos ante la historia y admitir que esa apologética nos condujo a la Inquisición y a la dictadura del Santo Oficio, y, más cerca en el tiempo, al famoso *syllabus*, a la condena del modernismo y al rechazo de lo bueno que aparecía desde el final del siglo XIX en el campo bíblico y litúrgico.

Hay que decir que la relación entre la fe y la razón, tal como la proyectaba el Concilio Vaticano II, no puede poseer un sentido único. Si nosotros tenemos mucho que ofrecerle al mundo, tenemos también mucho que recibir de él. La Verdad no es de nuestra propiedad aunque se expresa, como dice la *Lumen Gentium,* de manera perfecta en nuestra Iglesia Católica. Ella pertenece a Dios, que se revela ante nosotros a través del mundo. Una sana relación dialogal entre la fe y la razón implica que nosotros sabemos reconocer lo bello, lo verdadero y lo bueno que nos viene del mundo y del hombre de nuestros tiempos, de sus victorias y fracasos, y también de sus cuestionamientos.

Si insisto en que el diálogo entre la fe y la razón ha de realizarse en primer lugar al nivel de la experiencia existencial de nuestra fe, esto no significa que debemos enterrar la comprensión racional de nuestra fe. El imperativo dialectico agustiniano: *crede ut intelligas, intellige ut credas* (cree para que comprendas, comprende para que creas), que Anselmo transforma en una gran fórmula sencilla: *Fides querens intellectum* (la fe en búsqueda de su inteligibilidad), ha de motivarnos para aclarar racionalmente la inteligibilidad de nuestra fe. Hoy en día necesitamos un fuerte pensamiento cristiano, construido sobre bases académicas firmes y en diálogo con el pensamiento filosófico-científico profano, lo que nos permite acceder a una verdadera coherencia de lenguaje que con rigor científico justifica la lógica y la racionalidad del dato revelado y de nuestra experiencia de la fe. Es por eso que estamos aquí, en esta sede académica del Seminario. Que el Señor nos conceda vivir este año académico como una experiencia personal y comunitaria, espiritual e intelectual, de relación dialogal entre la fe y la razón. Si fuese así, nuestro seminario será un pedacito de cielo y con Marley podremos decir: qué gran modo de vivir.